

cos en materias religiosas y que conservan la veneración del catolicismo como se guarda en un salón de casa solariega la galería de retratos en que figuran, con armaduras ó hábitos de corte, los antepasados. Tienen principios y doctrinas muy católicas; pero las tienen dentro del baúl. Son católicos porque son españoles; pero apenas habrá dos hombres más hondamente descreídos; más inclinados á burlarse—en el refectorio, por supuesto, y á media voz—de las cosas santas; menos afectados á la mortificación y penitencia, cuya virtud preconiza todo teólogo; y menos devotos del *contempus mundi*, del menosprecio de la materia y del martirio. Serán dos frailes, si se quiere, pero dos frailes relajados.

El Sr. Valera es aficionadísimo á burlarse de todo; no aprende para saber sino para mofarse de los que no saben. Y la broma más ingeniosa de las suyas, consiste en haber hecho creer á sus paisanos que es cristiano rancio, sin olor de judaizante ó luterano ni la más insignificante levadura de heresiarca. Con los ojos bajos y en la actitud del canónigo que canta ó rezonga los versículos de su breviario, propinándose á cada rato, más con parcimonia y suavidad, algunos golpes de pecho, suelta, en tono de coro, las mayores y más estupendas heregías. Las doctrinas de Hacckel, las de Darwin, las de Spencer, todas las que llevan colgado al cuello un sambenito puesto por la Iglesia, campean airozas en los libros de Valera, si bien no francas y desembozadas, sino vestidas de hábito y cogulla. Este crítico es muy capaz de presentarnos al diablo diciendo misa. En la novela "Pasarse de listo" he encontrado, oculta en no recuerdo qué símil de un reloj y un relojero, la teoría darwiniana del origen de las especies. Trata Valera á los santos con el desenfado de los sacristanes que tienen

ya adquirida la costumbre de sacudirles el polvo diariamente.

Pero eso sí: á renglón seguido de cometer una de estas faltas de respeto, uno de estos desacatos ó uno de estos sacrilegios, le vereis haciendo genuflexiones ante el tabernáculo ó besando la mano de algún ministro de Dios. Por donde resulta que quienes tan contrito y respetuoso le miran, se hacen lenguas de su virtud y hasta en honor de santidad le tienen. Y él se marcha contento de haber embaucado á beatas y viejos rezaderos, sirviéndoles el tósigo del libre examen en las vinajeras del altar. A menos que, á fuerza de engañar, haya conseguido engañarse á sí mismo y se crea católico, no siéndolo, cosa difícil á mi juicio, porque tengo entendido que á Valera ni Valera le engaña.

No sé lo que serán "los dos católicos de España," pero aseguro que no son buenos católicos. Respecto al Sr. Valera, mis dudas son muchísimas; con el mismo donaire se ríe de unos y de otros. Su retozona carcajada no sabe estarse quieta, y aunque él sube mucho el embozo de la capa para encubrir el movimiento de los labios, los ojos le traicionan. El Sr. Campoamor, jurando y perjurando que la vida es valle de lágrimas, lúgubre selva enmarañada por la que caminamos rumbo al cielo, nos da en sus versos la mejor receta de vivir bien, el aliciente ó estimulante más enérgico para seguir viviendo, en espera de que la muerte venga lo más tarde posible.

Y este poeta, cuyos versos se ponen sin reparo en manos de la niña inocente ó de la mujer rezadora, dice con el mayor despejo las cosas más indecibles, plantea sin escrúpulo proposiciones heterodoxas, enciende los sentidos con sus filtros y brujerías poéticas, sin que por esto le llame blasfemo como á Enrique Heine, ni lú-

brico como Alfredo de Musset, ni se le cierren las columnas de los periódicos recalcitrantes, conservadores y meticulosos, que harían el signo de la cruz á cualesquiera otros versos, no garantizados por la católica firma de Campoamor. El y Valera son como esos hijos de casa que, para disculpar sus trapisondas y esconder su descreimiento, engañan á los padres rezando con ellos el rosario de rodillas, parte devotos y en apariencia compungidos, parte mirando al soslayo, con cierta mirada de requerimiento, á la criada más bonita de la casa. Mucho les vale y mucho les ayuda, para que el ardid les salga bien, hablar en español; porque he notado que cualquiera indecencia puede decirse impunemente en castellano, pero nunca en francés ni mucho menos en galicismo. Ahí están, para no permitir que se me desmienta, comedias y sainetes, plagados de frases que harían ruborizarse á un sargento, y que oyen sin mengua de su honestidad, las mismas señoritas que no van nunca á la ópera bufa francesa, por ser esta invención aborrecible, del demonio en persona. Parece que las indecencias, dichas á las claras, en español liso y llano, de manera que todos las entiendan, no son indecencias.

Otro punto de contacto entre Valera y Campoamor es el misticismo. ¡Cómo palpita esto en los capítulos de "Pepita Jiménez," en los cantos del "Drama Universal," en los admirables versos de los "Pequeños Poemas!" ¡Pero qué misticismo el de estos grandes artistas! Tómanlo ellos como un excitante; se ciñen el cilicio y se azotan para avivar y enardecer sus sentidos desmayados. No es el misticismo de San Juan de la Cruz, desligado de la carne, vestido de claridades; no es el de Fray Luis de León, cantando en estrofas, de alas intactas, la "Asunción de la Virgen," ó el encanto de la "Noche

Serena;" no, es el misticismo que ve á los querubines de carne; que da al beso de amor el atractivo de un largo plazo; que no vuela alrededor de las imágenes feas ó repugnantes, de los santos con llagas, de las doncellas sin senos, como Santa Agueda, de los mártires chorreando sangre, sino en torno de las vírgenes de mármol, animadas al calor de su fuego como la estatua de la pagana Galatea; es el misticismo de quien, tristemente cierto de la muerte, seguro de que por fuerza y sin remedio ha de salir alguna vez del mundo, pone otro mundo y otras mujeres en el cielo.

Campoamor se enamora de la angélica Teresa de Jesús, porque sabe que ella es un ángel que no acaba en los hombros como los ángeles de Murillo. Se irá al cielo este poeta, pero se irá como la pecadora de Magdalo "por haber amado mucho," ó—lo que es más probable—para cerciorarse de que allí están las once mil vírgenes. Se hará sacerdote, si quereis y si quiere, cuando ya esté muy viejo; pero ha de procurar que lo hagan confesor de monjas, para oír voces de mujer, sintiendo su cosquilleo gracioso en el oído; para sorprender secretos femeninos; para sentir el roce de una toca blanca ó el calor de unos labios de novicia en la húmeda palma de la mano.

Este misticismo sale, como de una piscina, goteando perlas tibias, no del río negro, entenebrido y rugiente del "Libro de Job," sino de esa inmensa onda de amor que se llama el "Cantar de los Cantares."

En las "Doloras" en alguno de los "Pequeños Poemas," Campoamor nos dice con el incurable pesimismo de Shopenhauer en prosa y de Leopardi en verso;—la vida es el mal; la vida es el dolor; el amor es la treta de la naturaleza para obligarnos á ser sus cómplices

en el gran crimen de la vida; la muerte es el bien; la muerte es el descanso.—Pero, no lo creais: este es un Kempis para los otros pero no es un Kempis para sí. En Heine hay dolor que traspasa la carne y llega hasta el hueso, hasta la carie; en Campoamor hay coqueteos de desesperación. A él, en suma, le parece la naturaleza muy hermosa y adorables las mujeres. Quiere que desdeñemos las pompas del mundo, que nos vayamos de la vida, para quedarse solo y que le toque á más porción de placer.

Por eso al muy católico poeta le digo que me quedo..... entre otras cosas para asistir á su coronación en este mundo..... por si acaso.....

EL DUQUE JOB.

BENITO JUÁREZ.

En el humo que alzabase á las plantas de Cuauemoc íbase el alma de una raza vencida: en Juárez empieza una nación. Los aztecas combatieron por sus dioses lares, por sus dioses penates contra el extranjero, contra el hombre blanco, contra el que veneraba á otros númenes, contra el que no tenía la color ni las costumbres de ellos. Una raza era la que pugnaba con otra raza, una civilización la que se defendía contra otra civilización armipotente. Y por cuanto las divinidades—tal creían—lidiaban acaudillando á unos y á otros, las preponderantes, las vencedoras eran, si no adoradas, á lo menos temidas. De aquí la sumisión de algunos rei-

nos aterrorizados, puestos de hinojos ante el destino; y de aquí también la complicidad de ciertas castas que explotaron tal espanto para imponerse, aliadas con los conquistadores, á pueblos rivales. No formaban esas gentes dispersas una nación llamada Anáhuac! y qué mucho que no la formaran cuando ni el viejo mundo habían cuajado, por así decirlo, las nacionalidades! Ya había combatido éste por su Señor feudal y por su Rey y por su Religión; pero aun no había luchado por la patria, concepto amplio, elevado y comprensivo que no adquieren los pueblos sino al diferenciarse y constituirse.

En el crepúsculo del período virreinal tampoco ese concepto había formádose sino en espíritus precursores. Para Hidalgo mismo, la patria era una hija que, en la madurez de sus años, tenía derecho á emanciparse de la tutela paternal, de la metrópoli. No se atrevía á romper todos los vínculos que la unían á ésta. Morelos vió más claro y vió más hondo. Pero esos espíritus precursores brillaron, como relámpagos, alumbrando la densa oscuridad de la masa. El que vino á tiempo, y en la hora propicia, para sentir la idea de patria, ya difusa en la totalidad, y para encarnarla, fué Benito Juárez.

Porque tuvimos antes otro recio choque con nación extranjera, con la República del Norte, y en aquel entonces no sintieron todos la unidad, la solidaridad nacional. Por eso hubo funestas rivalidades en el ejército, disputas y codicias que amenguaron en mucho nuestra fuerza. Cuando la intervención francesa, tampoco todas las clases tuvieron conciencia del deber y energía para cumplirlo; pero sí hubo esa intelección y esa virtud en el Estado, y en el pueblo apto para ejercitar sus derechos. La nación propiamente dicha nació entonces; tuvo su éxodo en la caminata á Paso del Nor-

te; su epifanía, en el Cerro de las Campanas. Desde aquel punto, desde aquel instante, desde la muerte del Archiduque, México fué México. Ahí se impone nuestra nacionalidad y se enlaza de por vida á esta forma de gobierno: la República.

¿Qué personalidad como esta de Juárez pueden oponernos los conservadores? ¿Quién de entre ellos se opuso á la invasión? La lógica es inflexible: los reaccionarios, por bien intencionados que les supongamos, no tuvieron fe en su país, ni en sí mismos, ni en su religión siquiera. Para encumbrarse momentáneamente, recurrieron á ejército extranjero, á gobernante extraño, á forma de gobierno exótica, á un déspota y á un excomulgado. Los liberales defendieron su patria, acataron su ley. ¿A quién le honra? La victoria fué nuestra. La victoria cumplió con su deber.

Juárez, en esa época, noblemente personifica la idea de patria. El no imaginaba, como los aztecas, que los númenes combatían con él y por él; él no creía, como los aborígenes, que era superior la civilización de su pueblo á la del que venía en son de conquista: él sólo supo cuál era su deber y cuáles eran los derechos de la República. ¿Fiaba en el triunfo? No podemos creerlo. Tan formidable era la conjura de intereses y fuerzas coligados en su contra, que temerario es suponerle tal confianza. Mas si la tuvo, no menoscaba su mérito: prueba nada más que fué superior á los hombres de su época, y que vió claro en las tinieblas del futuro. Demuestra, asimismo, que la justicia estaba de su parte. Sólo el que la tiene cree, cuando todo le desampara, que habrá necesariamente de vencer.

No es equitativo, sin embargo, dar á Juárez un simple papel pasivo, por augusto que sea, en aquella

lucha. Le admitimos como símbolo de la heroica resistencia, pero también, y mucho, como propugnante y capitán. Resalta, sobre todo, en ese hombre, una condición que también singularizó á Morelos: la de organizador. Descubría Juárez con sagaz percepción al hombre adecuado para realizar tales ó cuales fines. A no haber sido así, su resistencia merecería mejor el nombre de inercia, y en ningún caso habría alcanzado el buen éxito que alcanzó. Juárez supo escoger sus auxiliares; supo utilizar las aptitudes de cada uno; en éste, la vehemencia; en ese, la rectitud; en aquel, la cordura; improvisó generales, gobernantes, se deshizo hábilmente de aquellos que, levantados por el entusiasmo popular, ciego y voluble, habrían sido perjudiciales más adelante para el bien común; favoreció á los que traían al acerbo de la causa republicana nuevo y eficaz contingente; en una palabra, procurando desvanecer su personalidad para que no agoviara á todos con su pesadumbre, y permitiendo que se atribuyeran á otros el mérito y la responsabilidad de señalados actos, ejerció siempre, por sí mismo, influencia decisiva en la nación, fué el alma activa de la resistencia, el resorte impulsor en la contienda y el pensamiento, de continuo vigilante, en el Estado.

En cualquiera época, ese hombre hubiera sido un hombre de gobierno. Ya el conflicto le halló maduro y en lugar prominente. No le formaron, pues, las circunstancias, ni le elevó la fortuna. Esta puede hacer mucho por un soldado vencedor, por un caudillo que, en instante dado, arrastra á las multitudes y se convierte en ídolo del pueblo; mas para que un estadista logre realizar sus propósitos, afianzarse en el poder, y merezca la gratitud de los gobernados, el favor de la

inconstante diosa no es bastante. Necesítase que ese estadista tenga condiciones intrínsecas de subido mérito, que se sobreponga por virtudes propias y no por glorias y prestigios pasajeros.

Las condiciones externas tampoco le favorecieron. Juárez no era de esas personalidades que seducen á la muchedumbre deslumbrándola, imponiéndose á ella y atrayéndola por la gallardía de la prestancia y por el esplendor del atavío. El indio idólatra sufre el hechizo de la pompa sacerdotal, del aparato bélico, de todo lo que fué siempre extraño á Juárez. El criollo, por lo que tiene de latino, se complace en lo artístico, en la forma bella, en lo brillante y suntuoso. Nada de eso había en Juárez. No tuvo él ninguno de esos medios poderosos de seducción y de fascinación. Lo que tiene de intensamente patrio y de esencialmente democrático es lo que le enaltece, le capta el amor de todo un pueblo y le asegura perenne gloria.

En Juárez se unen por manera indivisible y se penetran la idea de patria y la idea de República. Es el único en nuestra historia que enlaza así esas dos ideas y las encarna y simboliza.

El culto á la memoria de Juárez, esta piadosa peregrinación anual á la tumba del gran ciudadano, dignos son de estímulo y respeto.

“En la perpetuidad del culto á los Héroes—dice Carlyle—páreceme ver el eterno diamante sobre el cual no pueden caer las ruinas aventadas por la revolución. En él se detendrá ese alud de escombros que todo arrasa, mezcla y desmigaja en torno nuestro, durante los días revolucionarios: no puede ir más allá. Es él la piedra angular que marca el punto en donde empieza á reedificarse lo destruido.”

CARTA DEL DUQUE JOB.

POR QUÉ NO VOTO.

Al Sr. Director de “El Universal.”

¿Por qué no voto en el Concurso de Belleza? Amigo mío, ya estoy de vuelta de ese hermoso país que da flores á millares para que nosotros las regalemos. Primero, los dulces; luego, las flores; después, las mujeres, y por último, los niños, ó la tristeza intensa que en esta frase hay: “Ya volví!”

La caída de mi tarde, este anochecer de mis deseos, no viene con espesas nublazones ni cárdenos relámpagos. No, ¡libreme Dios de ser arisco con la inspiradora de muchas acciones malas y de casi todas las acciones buenas! No podemos amar á los hombres, y como el amor es obligatorio, tenemos por fuerza que amar á las mujeres. El que habla mal de ellas es porque sólo ha conocido á una. Y no hablo de la madre porque ésta no es mujer: es madre nada más, y las madres, como los ángeles, no tienen sexo.

Esta misma afición mía á lo mejor que hubo en el Paraíso, me obliga, amable director, á no votar. Desde luego, no entiendo la pregunta: ¿cuál es la más bella? . . . Pues sólo puedo responder con más preguntas: ¿La más bella cuándo, en dónde y á qué edad? Ya sé que

hay una belleza uniformada, reglamentada, una belleza que sirve para hacer estatuas. A esa belleza la admiro, pero no la amo. La impasibilidad era, por ejemplo, la condición esencial de la belleza en la estatuaria griega. Creo que llamaban á esa impasibilidad, en estética y en moral, *ataraxia* ó *apkatia*: falta de movimiento, falta de pasión. Y esa belleza inmóvil que puedo y debo admirar en las grandes esculturas, no me gusta en la mujer. Que no sea correcta su hermosura. . . . ¿para qué? La Naturaleza hace improvisaciones deliciosas, Oh! ¡Y hay defectos sublimes en sus obras! La nariz irreprochable de Cleopatra es cuasi divina; pero, ¿y la nariz de Mimi Pinson. . . ? ¡Qué bonito pecado!

Querer proclamar una belleza superior á todas y darle la dictadura, es antidemocrático. No recuerdo quién propuso para México la tiranía honrada. Pues bien, lo que vd. quiere es la tiranía de una sola belleza. ¡Una. . . . ! ¡Qué profanación! La belleza pertenece al género femenino y número plural!

Primero es, para nosotros, algo así como el humo que traza muchas curvas en el aire. . . . como el vaho formado por el aliento de todas las mujeres. . . . Es la neblina del amor en el amanecer de nuestras almas. Después viene un rayo de sol y el color reina en nuestros sueños amorosos como déspota. ¿Cuál color? Un color que suele ser muy color de rosa ó muy blanco, ó muy moreno, pero que siempre es *muy*. Un color que no está en el prisma: el color de mujer. Entonces reposan nuestras miradas, como en blandos almohadones, en las figuras femeninas, rozagantes y frescas, de la pintura flamenca. La mujer se nos presenta en toda la plenitud de su desarrollo, con la púrpura intacta de

su sangre, como Eva se presentó á Adán. Todo hombre que ama por primera vez es igual al primer hombre.

Pero en seguida, y al paso que nos vamos internando en la existencia, ¿cómo se va torciendo y complicando este concepto de la belleza! Llegamos á comprender y hasta á amar voluptuosamente la belleza del dolor! ¡Qué bien sabe besar una lágrima! Y la belleza de la alegría. . . ? Eso de coger una risa con los labios ¡qué bueno es!

Hay quienes llegan á preferir las hermosuras diáfanas, como si ésta les recordara algún ángel ausente. A otros subyuga la hermosura de la maldad. Y no hay manera de poder señalar la belleza Unica. Hasta alguna que ayer nos parecía fea puede mañana parecernos bella. . . . si ya hemos aprendido á traducirla.

¿No ha sentido usted jamás que la más bella entre todas las mujeres es una viejecita? ¿Y cómo se ha de dar un voto en el concurso de belleza á esa anciana de cabello blanco, tocas blancas y alma blanca?

La belleza es un color que tenemos en el alma y se tiñe de él lo que á ella entra. ¡Qué feas se nos ponen allá adentro muchas mujeres muy hermosas!

Hace poco repasaba yo la lista que está usted publicando. ¿A cuál de esas señoritas daría el premio? ¡Qué problema tan árduo y tan inútil! Lo peor, la más fastidioso y lo que sirve de menos en la vida es escoger! Dios, según el Génesis hizo una sola mujer, pero porque en esa sola mujer las hizo á todas. Lo que crió fué una fuerza; fué el *eterno femenino*. Pero Dios no hizo una sola flor, ni una sola estrella, ni una sola ave. Y no dijo al hombre: para tí la más bella será la margarita; la más hermosa, *Vesper*; la más esbelta, la oropéndola.—Soltó el gusto de cada uno, como se